

En la Inhumación de los Restos del Doctor Manuel Larios Córdova

Por el Dr. Humberto Díaz

Señores:

Un nuevo y rudo golpe, ha venido a conmover el Alma de la "Asociación Médica Hondureña"; una nueva orla de luto ensombrece hoy nuestros corazones y un sentimiento de pesadumbre—de ese **sentimiento** que, despojado de todo viso de sensiblería barata, brota espontáneo e inmaculado de lo más hondo del espíritu—gravita sobre nosotros. . . Tal el estado anímico -que embarga a nuestra agrupación, ante el deceso del distinguido compañero que, en vida, fue el Doctor Manuel Larios Córdova.

Joven aún, muere este hombre en un momento en que todavía teníamos derecho a esperar mucho de su talento y de sus ca-

Discurso pronunciado por el Dr. H. Díaz, en nombre de la Asociación Médica Hondureña.

res, que pudieron llevarlo muy alto por los peldaños de las Ciencias Jurídicas, escogió las duras disciplinas de Esculapio, obedeciendo al mando irresistible de su Yo apostólico: cura y consuela, sutura heridas e injerta esperanzas.

Se graduó de Médico y Cirujano en la Universidad de Columbia y fue autorizado para ejercer su profesión en Nueva York, donde su certero diagnóstico habría sido cotizado en millones. Pero él prefirió ofrendar a su Patria el caudal de su ciencia. Y se vino. Y trajo con las luces, que esparció en las aulas universitarias, las aguas dulces de su bondad, que derramó en el lecho de los enfermos.

En los últimos años su anhelo de investigador lo llevó al campo de la Radiología, y empeñosamente — con benedictino empeño —cazó entre los claroscuros de la radiografía las quintas columnas de la Muerte.

La Muerte se vengó enviándole el abrazo fatal de un carcinoma. Y se nos fue. Sus colegas sabemos que sobre su tumba caerán siempre primaverales lluvias de admiración.

Se llamó Manuel Larios Córdova y vino al mundo con la virtud del bálsamo: cicatrizar heridas y anestesiarse angustias...

pacidades, ya que sus inquietudes de superación se manifestaron de un modo firme y perenne.

Graduado en la Universidad de Columbia en el año de 1922, después de haber realizado una honrosa carrera de estudiante, obtuvo poco tiempo después, la licencia correspondiente para ejercer la Medicina y Cirugía en el Estado de Nueva York. Regresó luego a la Patria, para dedicarse con todo ahinco y de plausible manera, a sus actividades profesionales, consagrándose especialmente a la Radiología, posición desde la cual llegó — después de algunos años — a convertirse en un valioso auxiliar del Gremio Médico del país, en la escabrosa tarea de la realización de diagnóstico.

Desempeñó con eficiencia y entusiasmo, varias cátedras en nuestra Escuela de Medicina, y es de alta justicia hacer constar que, al mismo tiempo que ofrendó en el aula todo el tesoro de sus conocimientos en el orden técnico, sentó una estupenda cátedra de ética médica, que no se hizo tangible precisamente por la fuerza de su palabra, sino por la seductora grandeza de su ejemplo.

Una cruel y violenta enfermedad, de esas ante las cuales todos los recursos de la ciencia resultan todavía ineficaces, ha segado la vida de un hombre útil a la sociedad, la vida de un representante valioso de la Medicina Hondureña, la vida de un ciudadano que deja un legado inestimable de grandes virtudes cívicas, de una honradez acrisolada y de una conmovedora diafanidad de alma. Tales atributos, que fueron indiscutibles en Manuel Larios Córdova y que él los poseyó en grado sumo, vienen a dar una legitimidad incontestable a ese sentimiento de congoja y de pesadumbre, que ha producido en todo el país, su prematura desaparición. Señores:

Yo vengo en este momento, 'supremo y doloroso, en representación de la "Asociación Médica Hondureña," no a dar el último adiós a este noble compañero que nos deja, al morir, una estela decorosa, honorable y constructiva. No puede ser así, porque sólo se despide con el último adiós a los que, no habiendo hecho más *que* pasar por la vida — de una manera ignorada — acaban para siempre en la tumba que cierra sobre ellos la puertas de la eternidad. No podría hacerlo yo, que he alentado siempre esa convicción, y que estoy seguro además, de que este concepto corresponde también, y de modo absoluto, a la representación que me ha dado su palabra en este instante pesaroso. . . Manuel Larios Córdova no desaparecerá definitivamente, aunque haya salvado ya los umbrales de la muerte; la magnitud de su ejemplo, el legítimo prestigio de su vida ciudadana y la brillantez de su Hoja de Servicios prestados a la Humanidad — atributos todos que deben ser imitados por la juventud de Honduras — le defenderán eficazmente del olvido. Por eso, esta tumba que ahora se abre, para recibir loa mortales despojos del que fue nuestro noble compañero, me parece más bien el hueco generoso y pródigo en que ha de